

Gloria Isabel Ocampo, *La Instauración de la ganadería en el valle del Sinú: la hacienda Marta Magdalena, 1881-1956*, Medellín, Universidad de Antioquia-Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2007.

La hacienda surge en Nueva Granada a principios del siglo XVIII, tras el agotamiento de la institución de la encomienda, que respondía a la organización y explotación de la población indígena a través del trabajo y el derecho al tributo. Así la hacienda se convierte en una de las unidades económicas más importantes en Colombia.

Para la segunda mitad del siglo XIX la hacienda obedecía a una lógica agro-exportadora. Esta a su vez respondía a una lógica modernizadora y a la presencia de nuevos actores, que para el caso de la hacienda se expresa a través de la aparición de la mano de obra libre, quienes van a dinamizar y a generar un nuevo mundo de relaciones sociales, en algunos casos de odios y conflictos y en otros de romances y amores. Así a finales del siglo XIX y principios del XX, el país experimentaba una serie de transformaciones, que en el plano económico y en palabras de Jesús Antonio Bejarano Colombia transitaba “de una economía agro-exportadora a una economía industrial”.

Una de las transformaciones que se da en el mundo agrario, es la expansión de las fronteras agrícolas, cuando la tierra pasó a ser un elemento fundamental para la producción y acumulación económica. Ya para 1930 se hablaba del agotamiento de dichas fronteras, una de las causas del posterior conflicto en el mundo rural. Ahora bien, una de las expansiones demográficas mejor estudiadas es la antioqueña hacia el sur del departamento, conocida también como el “mito antioqueño”. Esta ha sido exaltada por sus fructíferos resultados en el proceso de acumulación, que reposaba sobre la base de la producción de la pequeña propiedad. Sin embargo, la expansión antioqueña hacia el norte ha sido poco vista, a pesar de sus profundas relaciones con la costa Atlántica y la hacienda ganadera.

Es en este marco donde se inscribe el texto reseñado de Gloria Isabel Ocampo, el que constituye una de las mejores aproximaciones al mundo rural costeño. La autora a través de una vasta documentación, logra mostrar al detalle la vida de una de las más grandes haciendas que existió en esta parte del país. Las relaciones sociales, laborales, conflictos y redes son mostradas de forma tan explícita que podemos mirar cuales fueron por ejemplo los conflictos, con quien eran, como los resolvieron, que cantidad hubo... Es un estudio supremamente minucioso de uno de los aspectos claves de la economía costeña, como lo es la hacienda ganadera.

La autora a diferencia de la mayoría de los investigadores que se dedican a este tema, contó con los documentos de los dueños y administradores antioqueños, tuvo el privilegio de acceder a los archivos contables y administrativos, y los combinó con fuente de tipo oral, entrevistando a muchas de las personas que trabajaron en la hacienda. El resultado de este esfuerzo investigativo de varios años, se observa en el excelente texto que tenemos la fortuna de reseñar.

Su formación de antropóloga le sirvió para el trabajo de campo que se ve reflejado en el escrito. Todas esas entrevistas, sumadas al meticuloso trabajo de archivo y al análisis conceptual, constituyen una propuesta importante y un aporte demasiado representativo en el campo anteriormente mencionado. Además, se tiene que destacar la fluidez con que es escrito el texto, a pesar de las innumerables citas textuales que contiene no se hace dispendioso leerlo. Las citas tanto de archivo como de entrevistas, se introducen en una narrativa que lleva al lector al tiempo

histórico que se intenta analizar. El texto se divide en tres partes que tienen contenido ocho capítulos, muy bien diseñados y estructurados.

Como su nombre lo indica, se detiene en un caso específico, la hacienda Marta Magdalena entre 1881-1956, ubicada en el valle del Sinú, del departamento de Córdoba. A partir de allí la autora mira en el tiempo y en un contexto amplio, el medio rural colombiano y a su vez, las dinámicas nacionales e incluso internacionales que experimentaba el país y desde luego la región del Sinú; ésta se transformó en su medio natural en menos de un siglo, se integró a la vida económica nacional e internacional, se independizó de Bolívar y conformó una entidad político-administrativa independiente -el departamento de Córdoba- a mediados del siglo XX.

La hacienda fue fundada en 1881 por franceses que la dedicaron a la extracción y exportación de madera, en 1897 es fusionada con otra propiedad contigua conformada por tres predios a saber el primero el mosquito, segundo Risa y el último Gallardete, predios pertenecientes a la sociedad belga denominada Sociedad Agrícola Industrial y Comercial del Sinú. Constituida la gran hacienda de Marta Magdalena, es adquirida por la Sociedad Agrícola del Sinú en 1912 desde este momento hasta su desaparición en 1956, se dedicó a la ganadería convirtiéndose en una de las grandes haciendas de la región.

Lo que se propone en últimas este escrito, es mostrar la clara racionalidad económica que poseía esta hacienda y con ello la hacienda ganadera en general. Siendo este un punto determinante en la historiografía tradicional que sustenta lo contrario. Según Posada Carbó esta historiografía sostiene que “los ganaderos son descritos como los agentes económicos irracionales. Con la hipótesis de que las tierras dedicadas al pastoreo podrían haberse destinado a un mejor uso. Adicionalmente la industria ganadera se vincula casi exclusivamente con la existencia de grandes haciendas cuya interés chocaba con la de un campesinado dedicado a la agricultura”. El texto de Ocampo con un gran sustento documental, logra demostrar que la hacienda ganadera se constituyó en el mayor eje de producción en la economía sinuana, mostrando toda la organización que existía, las relaciones dentro de la misma y con su exterior, colocando entredicho esa visión irracional. Además, consigue mostrar como los campesinos y gran parte de la población giraban en torno a esta economía.

Las relaciones sociales y laborales que de esta unidad económica se desprende, exponen las formas jerárquica en que esta organizada la hacienda; en la que el dueño, el gerente y el administrador antioqueño, junto con los contadores y jefes de campañas están en la cúspide. Luego de este orden siguen los capataces y jefes de cuadrilla y por últimos jornaleros o trabajadores. Aquí las formas de poder están claramente definidas, pero lo interesante es mirar las formas en que interactúan estos actores, y como tal vez no se nota una movilidad social vertical, pero si una movilidad horizontal, en donde el trabajador se gana el paternalismo del patrón. Este sigue ejerciendo la misma actividad pero con mejores prebendas.

Estas relaciones, estaban transversalizadas por técnicas y mecanismos de acceso a mejores condiciones, el avance era una forma en el que se ve concretamente la manera en que negociaban patronos y empleados. La vida social de la hacienda también se conectaba con grupos y poblados de alrededor, entretejiendo una red de parentescos, poderes, clientelismo, compadrazgo... “las relaciones implicadas en este tejido combinaban actitudes de solidaridad y competencia cooperación y oposición, distanciamiento y proximidad.” (p. 209).

Los vínculos sociales que se entretajan dentro de la hacienda y fuera de ella, nos dejan ver nexos entre los que, la historiografía tradicional nos muestra, como opositores acérrimos, por un lado campesinos y trabajadores y por otros hacendados. Estos se complementan en sus actividades de producción y en la compenetración de sus racionalidades económicas, que desde luego presentan diferencias, pero nunca irreconciliables.

Por otro lado, se puede notar en el texto dos culturas claramente distintas, el costeño y el antioqueño. En este punto hay que resaltar las visiones que se tenían entre ambas mentalidades, las cuales la autora trabaja muy bien. Sin embargo, se puede caer como lo indica Meisel Roca en un dualismo simplificador que llevaría a jerarquías regionales. No obstante, la autora solo se dedica a mostrar lo que las fuentes le indican sin manipulación. Hay que entender además, que la mayoría de las fuentes son antioqueñas.

Lo que se vislumbra aquí son los sentimientos encontrados y el espíritu de superioridad que mostraban los antioqueños. Partiendo de esto podemos entender un poco las divisiones que hoy día tiene Colombia entre sus regiones, y como el costeño desde muy temprano fue estigmatizado como flojo, irresponsable, fiestero etc. Lo cierto es que el texto evidencia claramente dos culturas yuxtapuestas que han asimilado la concepción del trabajo y de la acumulación de manera diferente, y que desde luego responden a la lógica capitalista de acuerdo a su situación, contexto e ideario propio.

Ocampo consigue hacer una brillante producción, en tanto logra combinar la visión estructuralista y materialista de la hacienda ganadera; como una idea de unidad de producción cerrada, vista en términos de rentabilidad y ganancia, desde la óptica de informes, estadísticas y cuentas. Junto con la visión social y dinámica de la misma, en donde aborda ese mundo no tangible pero perceptible de la hacienda, ese conjunto de redes culturales y sociales que mueven y dinamizan dicha unidad de producción y no solo en su interior, sino que se interconectan con su contexto, creando una supraestructura de relaciones sociales que dan cuenta de la racionalidad de la hacienda ganadera.

*Arcenin Castilla*  
*Fernel Martínez*  
Estudiantes egresado  
en trabajo de grado  
Programa de Historia  
Universidad de Cartagena